

## **ORACIÓN DE MI SACERDOCIO . Mons Enrique Angelelli**

Siento que mi tierra, dolorida y  
esperanzada, reza y canta  
con su historia, vida y mensaje...  
Peregrina conmigo, en mi carne y  
en mi sangre me parece escucharla con su  
chaya.

En esta Roma pecadora y fiel,  
un día floreció en mí una Unción...  
“Sacerdote para siempre”  
me dijiste entonces, Señor.

Veinticinco años vividos por esos caminos  
de Dios, con mañanas de Pascua y tardes de  
dolor, con fidelidades de hijo y debilidades  
de pecador, con las manos metidas en la tierra  
del hombre... de este pueblo tuyo que me  
entregaste, Señor.

Mi vida fue como el arroyo...  
anunciar el aleluya a los pobres  
y pulirse en el interior;  
canto rodado con el pueblo  
y silencios de “encuentros”...  
contigo... solo... Señor.

Mi vida fue como el sauzal...  
pegadita junto al Río  
para dar sombra nomás.  
Mi vida fue como el camino...  
pegadita al arenal  
para que la transite la gente  
pensando: “Hay que seguir  
andando nomás”.

Mi vida fue como el cardón...  
sacudida por los vientos  
y agarrada a Tí, Señor;  
vigía en noches de estrellas  
para susurrarle a cada hombre:  
“Cuando la vida se esconde entre espinas,  
siempre florece una flor”.

Mi vida canta hoy dichosa a Ti, Señor...  
Es misterio que se hizo camino  
ya andado un buen trecho, Señor...  
Mesa que acoge y celebra  
los racimos ya maduros  
que tu Sangre fecundó.

Todo esto soy yo, Señor...  
un poco de tierra y un Tabor,  
veinticinco años de carne unguida  
con un Cayado, un pueblo y una Misión.

Hoy la tumba de Pedro es la Mesa  
de esta Eucaristía, Señor...  
en mis manos renace, como entonces,  
la Nueva Carne del Amor.

Pablo, tu Vicario, me sale al encuentro  
como un hermano mayor...  
Me dice al oído: “Hermano,  
confirmando tu Fe y tu Misión,  
recibe el ósculo de la paz  
y lleva a tu pueblo mi bendición”.

Y... mientras se encienden las estrellas...  
allá, lejos, sigue floreciendo el amor.  
Por este Sacerdocio tuyo,  
que es mío y de tu pueblo,  
muchas gracias, Señor.

Es hora que me despida  
de esta Roma que me ungió,  
con un Credo agradecido  
a la Iglesia que me engendró  
y con la esperanza de María,  
¡hasta La Rioja, Señor!

La Patria está gestando un hijo  
con sangre y con dolor...  
Lloran los atardeceres  
esperando que el hijo nazca  
sin odios y con amor.

Mi tierra está preñada de vida  
en esta noche de dolor,  
esperando que despunte el alba  
con un hombre nuevo, Señor.